

PROGRESO Y CULTURA

2

PROGRESO Y CULTURA

“Mated with a squalid savage
–what to me were sun or clime?
I, the heir of all the ages, in the
formost files of time
Not in vain the distance beacons.
Forward, forward let us range.
Let the great world spin for ever down
the singing groves of change.
Though the shade of the globe we sweep
into the younger day
Better, fifty years of Europe in a cicle
of Cathay...”
Tennyson.

Nosotros, hombres del siglo que se denomina XIX de nuestra Era, estamos muy orgullosos de nuestro progreso y civilización –ambos atribuidos por la Iglesia y sus seguidores al advenimiento del cristianismo–. “Borrad al cristianismo de la historia del hombre –dicen–, ¿y cuáles hubiesen sido sus leyes? ¿cuál hubiese sido su civilización? No existe ley alguna cuya verdad y nobleza no estén inspiradas en el cristianismo, ni una costumbre que no deba su santidad y bondad al Evangelio”. ¡Qué absurda pretensión y cuán fácilmente se refuta!

Para desacreditar semejantes afirmaciones basta recordar que nuestras leyes están basadas en las de Moisés (ojo por ojo y diente por diente); recordad las leyes de la *santa* inquisición, esto es, la quema por hecatombes de herejes y brujos a la menor provocación; recordad el pretendido derecho del más rico y más fuerte a vender sus siervos y semejantes, entregándolos a la esclavitud, no por llevar a efecto la maldición recaída sobre Cam, sino simplemente “para adquirir el lujo y voluptuosidades del Asia, abasteciendo el mercado de esclavos de los sarracenos”¹, y, finalmente, las leyes

¹ *View of the State of Europe during the Middle Ages*, por H.H.Hallam, L.L.D., F.R.A.S., pág. 614. Añade el autor: “No era ese comercio peculiar a Venecia. En Inglaterra era muy común, aun después de la conquista, exportar esclavos a Irlanda, hasta que bajo el reinado de Enrique II llegaron los irlandeses a un arreglo referente a la no importación, que puso término a esa práctica”. Y agrega en una nota: “Acusa Guillermo de Malsbury a la nobleza anglo-sajona de vender sus siervas, aun cuando estuviesen encinta, como esclavas a los extranjeros”.

¡Esa es la manera cristiana de conducirse en imitación de Abraham con Agar: la venganza!

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

3

cristianas, sociales y políticas vigentes hoy en día en Inglaterra, llamadas leyes de *incapacidades* de las mujeres. Además, igual que en tiempo de nuestros abuelos, aquella bienaventurada época de ignorancia, contamos con una *blague*² de este género: “Hablamos de nuestra civilización, nuestras artes, de nuestra libertad y de nuestras leyes y olvidamos por completo *la parte tan grande que en todo ello corresponde al cristianismo*” (¡jalzaos!). Exacto; “nuestras leyes y nuestras artes”, mas no “nuestra civilización” ni “nuestra libertad”. Nadie podría negar el hecho de que fueron alcanzadas éstas a pesar de la más terrible oposición de la iglesia durante largos siglos y de sus

anatemas contra la civilización y la libertad, así como contra los defensores de ambas. ¡Y, sin embargo, a pesar de los hechos y de la verdad, constantemente oímos repetir que hasta la posición elevada (¿?) que ocupa la mujer cristiana, comparada con la de su hermana *pagana*, es obra por entero debida al cristianismo! Aunque fuese cierto, sólo resultaría un homenaje bien pobre tributado a una religión que pretende suprimir a todas las demás. Pero como no es verdad, habiendo demostrado Lecky, entre muchos otros autores serios y dignos de crédito, que “en toda la legislación feudal (del cristianismo) *ocupaban las mujeres una situación legal muy inferior a la del imperio pagano*”, cuanto antes y más a menudo se mencione este hecho, más ganará la Verdad. Además, como ya hemos dicho, nuestras leyes eclesiásticas están impregnadas de elemento mosaico.

El Código *Levítico* es el creador e inspirador de la legislación, y no el Romano, al menos en los países protestantes.

El Progreso –dice Carlyle– es el “movimiento viviente”. Es cierto; pero sólo es así a condición de que ninguna obra muerta, ningún cadáver, puedan impedir la libertad de ese *movimiento viviente*, y dadas su intransigencia conservadora, así como su falta de espiritualidad, la iglesia es un cuerpo muerto. Por lo tanto, impidió y sigue impidiendo el verdadero progreso. Mientras la Iglesia –el más encarnizado enemigo de la Moral de Cristo– se sostuvo en el poder, apenas si hubo progreso alguno. Sólo después de la Revolución Francesa la cultura y la civilización adquirieron desarrollo.

Esas señoras que con tan sincera como apasionada elocuencia reclaman en los mítines de la *Liga de la Libertad de la Mujer* su legítima parte de derechos como madres, esposas y ciudadanas, y que todavía asisten a los oficios *divinos*, se entregan al entretenimiento, poco provechoso, de hacer agujeros en el agua. No debieran atacar a las leyes del país, sino a la Iglesia y a sí mismas principalmente. Es el *Karma* de las mujeres de nuestra Era. Se originó con María Magdalena, se manifestó prácticamente en manos de la madre de Constantino y halló una fuerza siempre renaciente en cada Reina y Emperatriz por la Gracia de Dios. Debe el cristianismo judaico su vida a una mujer, a una *sublime hallucinée* ³ como dice Renan. El moderno protestantismo y el catolicismo romano, deben también su ilegítima existencia a las mujeres beatas; a la ² En francés en el texto. Locución que no tiene equivalente exacto en castellano, pero que pudiera traducirse por broma o mentira. N. del T.

³ En francés en el texto. N. del T.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

4

madre que enseña a su hijo su primera lección en la Biblia; a la esposa o hermana que obliga a su marido o hermano a acompañarla a la Iglesia, a la soltera emocional e histérica, admiradora de todo predicador popular. ¡Y, sin embargo, los predecesores de estos últimos degradaron a las mujeres desde el púlpito! En el *Lucifer* de Octubre del año 1889, en el artículo que lleva por título *Las mujeres de Ceilán*, podemos hallar la opinión del Director Donaldson L.L.D., de la Universidad de San Andrés, acerca de la degradación de la mujer por la Iglesia cristiana. He aquí lo que escribe en la

Contemporary Review:

“Que la mujer deba su elevada posición al cristianismo es opinión corriente; yo pensaba del mismo modo. Pero estudiando los tres primeros siglos de la iglesia, no logré convencerme de que hubiese ejercido el cristianismo influencia alguna favorable en la situación de las mujeres. y sí, por el contrario, de que tendía a rebajar el carácter y naturaleza de aquéllas y a limitar la esfera de su actividad.”

¡Cuán exacta es, por lo tanto, la observación de H. H. Gardener cuando dice que en el Nuevo Testamento “las palabras hermana, madre, hija y esposa” son sólo nombres sinónimos de degradación y deshonra!

Que lo que antecede es un hecho puede comprobarse en varias obras y hasta en ciertos *Semanarios*. En su última *Miscelánea*, *Saladin*, que escribe en el *Agnostic*, nos ofrece elocuentes pruebas de ello, transcribiendo citas a docenas. He aquí unas cuantas: Escribe Mrs. Mary A. Livermore: “Los Padres de la primitiva Iglesia denunciaron a las mujeres como animales dañinos, males necesarios y peligros domésticos”.

Lecky dice: “Invectivas feroces contra el sexo constituyen una parte importante y grotesca de los escritos de los Padres”.

Dice Mrs. Stanton que tanto los Libros Sagrados como el clero enseñan que la mujer es la autora del pecado, la cual, en connivencia con el demonio, efectuó la caída del hombre.

Recuerda Gamble que en el siglo IV santos varones discutieron seriamente la cuestión: ¿Debe llamarse a las mujeres seres humanos?

Mas oigamos a los mismos Padres de la Iglesia. Tertuliano, dirigiéndose a la mujer, la alaba en estos términos: “Sois la puerta del infierno, la ladrona del árbol prohibido, la primera desertora de la Ley Divina; sois la que persuadisteis a aquél a quien no tenía el demonio bastante valor para atacar. Destruisteis la imagen de Dios, el hombre”.

Exclama Clemente de Alejandría: “¡Causa vergüenza reflexionar acerca de la naturaleza de la mujer!”

Dice Gregorio el Taumaturgo: “¡Entre mil, puede hallarse un hombre puro; a una mujer, jamás!”

“La mujer es el instrumento del demonio”. –*San Bernardo*.

“Su voz es el silbido de la serpiente”. –*San Antonio*.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

5

“La mujer es el instrumento que emplea el demonio para apoderarse de nuestras almas”. –*San Cipriano*.

“La mujer es un escorpión”. –*San Buenaventura*.

“La puerta del demonio, la senda de la iniquidad”. –*San Jerónimo*.

“La mujer es hija de la falsedad, centinela del infierno, enemiga de la paz”. –*San Juan de Damasco*.

“De todas las fieras la más peligrosa es la mujer” –*San Juan Crisóstomo*.

“Posee la mujer el veneno de un áspid, la malicia de un dragón”. –*San Gregorio el Grande*.

¿Cómo extrañar, pues, que con semejantes instrucciones de los Padres a los hijos de la Iglesia cristiana, “no cuenten con la mujer ni la consideren igual a los hombres”?

A pesar de eso, la mujer emocional, aun en estos tiempos de progreso, constituye, como siempre, el principal defensor de la iglesia.

Más aun; ella es la causa única, si hemos de creer en la alegoría bíblica, de que existan cristianismo y templo alguno. Porque, ¿dónde estarían éstos de no haber escuchado nuestra madre Eva a la tentadora serpiente? Primero, no habría pecado; segundo, habiendo sido frustrado el demonio, no habría necesidad de redención alguna ni de que ninguna mujer tuviese “semilla” a fin de que “aplastara la cabeza de la serpiente”; y así no habría iglesia ni Satán. Porque, según la expresión de nuestro antiguo amigo el

Cardenal Ventura de Raulica, Satán—serpiente es “uno de los dogmas fundamentales de la iglesia y sirve de base al cristianismo”. Suprimid esa base y el edificio entero se desploma, cayendo en las obscuras aguas del olvido.

Por lo tanto, declaramos a la iglesia ingrata hacia la mujer, y a esta última la consideramos como un mártir voluntario, porque si exigían su emancipación y libertad, valor moral poco común hace un siglo, muy poco hace falta hoy, sólo una resolución firme. Por cierto que, si hemos de dar crédito a los escritores antiguos y modernos, la mujer de nuestro siglo, respecto a la verdadera cultura, libertad y dignidad, se ha colocado a sí misma muy por debajo de la antigua madre aria, la egipcia —que, según Wilkinson y Buckle, gozaba de la mayor influencia y libertad, bajo los puntos de vista social, religioso y político entre sus contemporáneos—, y aun de la matrona romana. Peary Chand Mitra demostró con las leyes de Manu hasta qué punto la antigua Âryâvarta respetaba y honraba a las mujeres. Nos enseña el autor de la obra *Las mujeres del antiguo Egipto*, que, desde los tiempos más remotos, gozaban las mujeres de Egipto de una libertad e independencia *apenas soñadas por las naciones modernas*. Volvamos a aquella *Miscelánea*.

“La sociedad que conserve influencia alguna de instituciones cristianas —dice Sir Henry Maine— difícilmente devolverá jamás a las mujeres casadas la libertad personal que les concedía la ley romana”.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

6

La causa de los “derechos de la mujer” se defendía en Grecia cinco siglos antes de Cristo.

Dice Helen H. Gardener: “Mientras la ley pagana la reconocía (a la esposa) como igual a su marido, la Iglesia suprimía esa ley”.

Escribe Lecky: “En las leyendas de la Roma primitiva hallamos plena evidencia de la gran estimación en que se tenía a las mujeres y de su importancia en la vida romana. Revelan las tragedias de Lucrecia y Virginia una delicadeza respecto al honor, un sentimiento supremo de pureza tan elevado, que no pueden ser sobrepujados por nación cristiana alguna”.

Sir Henry Maine, en su obra *Ley Antigua*, declara que “la desigualdad y la opresión referentes a las mujeres desaparecieron de las leyes paganas”. Y añade: “La consecuencia de ello fue que la situación de la mujer romana la convirtió en propietaria con una gran independencia personal; pero el cristianismo tendió desde un principio a limitar esa libertad”.

Observa, además, que luchaban los jurisconsultos de aquellos días por la consecución de leyes mejores para las mujeres; mas prevaleció la Iglesia en muchos casos y promulgó las más opresivas.

El Profesor Draper, en su obra *Desarrollo intelectual de Europa*, expone ciertos hechos relativos al trato ultrajante de que fueron víctimas las mujeres por parte de hombres cristianos —incluso el clero—, y aquéllos son de tal naturaleza que no me es permitido referirlos.

“No existe más cruel capítulo en la historia que aquel que consigna el detenimiento por el cristianismo del natural desarrollo en la civilización europea tocante a las mujeres”, escribe Moncure D. Tonway.

Neandro, historiador de la Iglesia, nos dice que “el cristianismo aminora la influencia

de la mujer”.

Así pues, queda sobradamente demostrado que en vez de una situación “elevada” fue una *degradación* lo que el cristianismo –o más exactamente la Iglesia– trajo a la mujer. Aparte de esto, nada tiene que agradecerle la mujer.

Y ahora dos palabras de consejo a todos los miembros de ligas, asociaciones y demás sociedades relacionadas con los derechos de la mujer. En nuestra época de cultura y progreso, ahora que está demostrado que sólo en la *unión* yace la fuerza, y que sólo con sus propias armas puede vencerse a los tiranos; y finalmente, que nada produce resultados tan seguros como una huelga, según observamos, declárense en huelga todos los defensores de los derechos de la mujer y juren no pisar una iglesia o capilla hasta ver restablecidos sus derechos y reconocida su igualdad con el hombre por la ley. Profetizamos que antes del transcurso de seis meses todos los Obispos del Parlamento influirían activísimamente para que fuera votada la reforma y resultase ésta un hecho. Así quedaría deshecha la ley mosaica y talmúdica para mayor gloria de la MUJER.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

7

¿Pero qué son en realidad la cultura y la civilización? La idea de Dickens de que nuestros corazones han ganado con el pavimento tanto como nuestros zapatos, resulta más original bajo el punto de vista literario que el aforístico. En principio, no es cierto, y lo desmiente la Naturaleza por el hecho mismo de que existen muchos más hombres y mujeres buenos y generosos en aldeas sucias y miserables que en París o Londres, tan bien urbanizadas. La verdadera cultura es espiritual. Procede de dentro afuera; y de no luchar una persona naturalmente generosa y de elevados sentimientos en el plano espiritual antes de hacerlo en el físico o externo para alcanzar el progreso, no serán otra cosa cultura y civilización que sepulcros blanqueados llenos de podredumbre. ¿Y cómo puede haber alguna cultura espiritual e intelectual verdadera, cuando hay creencias dogmáticas que son religión de Estado y son impuestas bajo pena de oprobio, infligida por numerosas comunidades de *creyentes*? No puede ser progresista ningún credo dogmático. Como no sea un dogma la expresión de un hecho universal y comprobado en la Naturaleza, no es otra cosa sino una esclavitud mental e intelectual. Aquel que acepta los dogmas, fácilmente concluye por convertirse en dogmático. Y como bien dice Watts: “Un espíritu dogmático inclina al hombre a censurar a sus vecinos... Se inclina a despreciar a sus semejantes, considerándolos como inteligencias inferiores y limitadas porque no creen lo que él cree”.

Diariamente encuentra lo que antecede su demostración en pastores protestantes, sacerdotes católicos y rabinos fanáticos. En *Les Archives Israelites*, principal órgano de los judíos franceses de París, que trata de estos últimos y del Talmud, con relación al progreso y cultura, hallamos algunos artículos extraordinarios. Demuestran de una manera tan evidente que el estancamiento de todo progreso es debido al fanatismo, que leídos varios trabajos firmados por hombres de tan *reconocida cultura* como F. Clemieux (*Clericalisme et Judaïsme*), A. Franck, miembro del instituto (*Les Juifs et l'Humanité*) y especialmente un artículo de Elie Aristide Astruc, *Grand rabbin de Bayonne, grand rabbin honoraire de la Belgique, etc., Pourquoi nous restons juifs*, nadie puede descubrir la más leve huella de progreso, o abrigar la más remota esperanza de conocer jamás lo que se complacen los cristianos en llamar la regeneración moral de los judíos. Ese artículo (por no citar otros), escrito por un hombre que goza por su ciencia y

talento de reputación enorme, demuestra lo que es la cultura intelectual, *mimes* ⁴ la espiritualidad. Aquél se dirige a los judíos franceses, tenidos por los más progresistas de su raza, y hace la más ardiente y apasionada apología del judaísmo talmúdico, revelando ese escrito el fanatismo y terquedad más colosales. Nada puede compararse con las alabanzas que le prodiga. Excluye todo progreso y reforma, morales y espirituales, en el judaísmo; apela abiertamente a la raza, a fin de que ejerza ésta, más que nunca, un exclusivismo prudente; despierta el fanatismo más mezquino e ignorante. Si tales son las opiniones de los prohombres del judaísmo establecidos en Francia, centro de civilización y progreso, ¿qué esperanza podrá quedar en sus correligionarios de otras naciones?

⁴ Pantomima, farsa, comedia.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

8

El artículo que lleva por título “Por qué seguimos siendo judíos”, es curioso. A. Astruc, autor ilustre de aquél, solemnemente notifica a sus lectores que tienen los judíos *nolens volens* que permanecer tales, ya que ninguna de las religiones existentes podría “satisfacer jamás el genio de la nación”. “Si nos viésemos obligados a separarnos del judaísmo –exclama– ¿dónde hallaríamos el credo capaz de guiar nuestras vidas?”. Habla de la estrella que en Oriente condujo a los Reyes Magos hasta Belén, y pregunta: “¿Podría el Oriente, cuna de las religiones, darnos ahora una nueva fe?” ¡jamás! Analiza después el islamismo y el budismo.

Del primero dice que su dogma es demasiado seco y su forma excesivamente ritualista, y demuestra que nunca podría satisfacer la mentalidad hebrea. El budismo, con sus aspiraciones al *Nirvana*, considerado como la más completa realización de la bienaventuranza y “la más abstrusa *conciencia del no ser*”(?) parece demasiado negativo y pasivo.

No nos detendremos a discutir esa nueva fase en Metafísica, esto es, el fenómeno del no ser dotado de propia conciencia. Examinemos más bien el análisis que de las dos formas del cristianismo –catolicismo romano y el protestantismo– hace el autor.

El primero con su trinitarismo y los dogmas de la Divina Encarnación y de la Redención, resulta incomprensible “para el libre espíritu del israelita”. El segundo está dividido en innumerables sectas y no puede aspirar a convertirse jamás en religión del porvenir.

Ninguna de estas dos religiones “podría satisfacer a un judío”, dice; por lo tanto aconseja el rabino a sus correligionarios que permanezcan fieles al judaísmo o ley mosaica, ya que esa fe es *la mejor y mas salvadora de todas*; es, en fin, según el autor, “la última y más elevada expresión del pensamiento humano religioso”.

Este artículo ultrafanático llamó la atención de varios periódicos *cristianos*. Uno de ellos contesta duramente al autor, criticando su *temor a los dogmas sólo porque la razón humana es incapaz de comprenderlos*; y añade: “¿Como si pudiera fundarse Jamás en la razón fe religiosa alguna!”

Bien dicho, y revelarían estas palabras un pensamiento progresista real y verdadero en la mente del crítico, si su definición de la creencia en dogmas no fuese una defensa *bona fide* de los mismos, lo cual dista mucho de revelar progreso filosófico alguno. El revistero ruso, lo consignaremos con satisfacción, sale en defensa del budismo

contra los ataques del Rabino:

“Desearíamos que comprendiese nuestro estimado amigo que al rebajar el budismo o considerarlo como hace, infinitamente inferior al judaísmo, parece que comete un error muy grande. Con sus aspiraciones espirituales y sus tendencias ascéticas, el budismo, a pesar de todos sus defectos, es innegablemente más espiritual y humanitario que jamás lo fue el judaísmo, en particular que el judaísmo moderno, con su rencoroso exclusivismo, su despótico *Kahal*, su ritualismo talmúdico mortal, sustituto judío de religión, y su odio resuelto a todo progreso”. (*Nov. Vremya*) ¡Bien está! Por lo menos H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

9

demuestra un principio de cultura espiritual en el periodismo de un país mirado hasta ahora como semicivilizado, mientras la prensa de las naciones del todo civilizadas respira generalmente la intolerancia religiosa, cuando no el odio, siempre que se trata de filosofía *pagana*.

Y después de todo, ¿qué significa *nuestra* civilización ante las grandiosas civilizaciones del pasado, hoy tan remotas y olvidadas, que permiten a nuestra moderna soberbia satisfacerse con la consoladora y agradable idea de que jamás existieron civilizaciones verdaderas algunas, anteriores al advenimiento del cristianismo?

Consideran los europeos las razas asiáticas como *inferiores* porque, entre otras cosas, comen con las manos y no usan ajuero. Pero, ¿desde cuándo hemos dejado nosotros, cristianos, de comer con los dedos y empezado a sonarnos con un pañuelo? Desde que se fundaron las naciones, y hasta fines del siglo XVIII, ignoró la cristiandad el empleo del tenedor, o lo despreció. Y, sin embargo, en la Roma de los césares había alcanzado la civilización su más completo desarrollo, y sabemos que si en los banquetes de Lúculo, famosos por su lujo y magnificencia, cada invitado buscaba su succulento bocado metiendo los dedos en los platos de exquisitos manjares, lo propio hicieron los huéspedes de los reyes de Francia hasta el siglo pasado. Casi dos mil años separan a Lúculo y los césares paganos de los últimos Borbones; no obstante, prevalecieron las mismas costumbres personales. Lo mismo observamos en las cortes brillantes de Francisco I, Enrique II, Luis XIII y Luis XIV.

El historiador francés Alfred Franklin, en su interesante obra *La Vie privée d'autrefois, du XII^{ème} au XVIII^{ème} siècle, les Repas, etc.*, nos facilita muchos datos curiosos, particularmente acerca de la etiqueta y educación en aquellos siglos. Aquel que en vez de emplear delicadamente los tres dedos para servirse, metía en el plato la mano entera, tan gravemente faltaba entonces a las leyes de la buena crianza, como el que en nuestros días se lleva el cuchillo a la boca.

Tenían nuestros antepasados respecto al aseo reglas muy estrictas, por ejemplo: siendo los tres dedos de *rigueur*, no debían lamerse, ni enjugarse sobre la propia casaca, sino que debían limpiarse cada vez entre los servicios “sobre el mantel de la mesa”. El sexto tomo de la obra mencionada da a conocer al lector todos los detalles relativos a varios hábitos.

La costumbre moderna de lavarse uno las manos antes de comer, que sólo existe ahora en Inglaterra verdaderamente, era estrictamente *de rigueur*, no sólo en la corte de los reyes de Francia, sino que era costumbre general y tenía que repetirse antes de cada servicio. Chambelanes y pajes cumplían ese oficio en la corte. Llevaban en la mano izquierda una jofaina de oro o plata y en la derecha un jarro del mismo metal, y vertían

sobre las manos de los invitados agua templada aromática. Pero esto sucedía bajo los reinados de Enrique III y Enrique IV.

⁵ En francés en el texto. N. del T.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

10

Dos siglos más tarde, ante el progreso y la civilización, vemos desaparecer esa costumbre que sólo se conservaba en las cortes entre la más alta aristocracia. Comenzó a caer en desuso durante el siglo XVI y hasta el mismo Luis XIV se contentaba para sus abluciones con una toalla mojada. Entre la *bourgeoisie* ⁶ había desaparecido casi del todo, y Napoleón I sólo se lavaba las manos una vez antes de comer. Hoy día ningún país, salvo Inglaterra, ha conservado esa costumbre.

¡Cuánto más limpios que nosotros son, comiendo, los pueblos primitivos, los indos, por ejemplo, y especialmente los brahmanes! No usan tenedores, pero toman un baño completo y cambian de ropa de pies a cabeza antes de la comida y se lavan las manos repetidas veces durante la misma. Ningún brahmán empleará jamás las dos manos para comer, ni se servirá de sus dedos para otro uso cualquiera mientras está comiendo. En cambio, se precisaba recordar a los europeos del siglo XVIII, según vemos en varias obras referentes a la etiqueta, ciertas reglas tan sencillas como la que sigue: “Se considera impropio y hasta indecente tocarse uno las narices durante las comidas, especialmente cuando están llenas de rapé” (*loc. cit.*). Sin embargo, los brahmanes son *paganos* y nuestros abuelos eran cristianos.

En China se empleaban los tenedores del país (palillos) mil años antes de Jesucristo, como siguen empleándose hoy en día. ¿Cuándo se adoptó en Europa el tenedor?

He aquí lo que nos dice Franklin:

Hasta principios de este siglo⁷ las carnes asadas se comían con los dedos. Observa Montaigne en sus *Essais* que más de una vez se mordió los dedos por la precipitación con que acostumbraba comer. El tenedor era conocido en tiempos de Enrique III, pero rara vez se empleó hasta fines del siglo pasado. La mujer de Carlos el Bello (1324) y Clemencia de Hungría llevaban en dote sólo un tenedor cada una, y la Duquesa de Tours poseía dos. En los inventarios de artículos de mesa de Carlos V (1380) y Carlos VI (1418) sólo figuran tres tenedores de oro para fruta. Tres tenía también Carlota d'Albret (1514), nunca usados, sin embargo. Alemania e Italia adoptaron el tenedor un siglo antes que Francia.

En extremo sorprendido quedó el inglés Cornet viajando por Italia en 1609 al ver una arma “extraña, tosca y peligrosa llamada tenedor”, usada para comer por la gente del país. En 1651 vemos a Ana de Austria negarse a emplear ese *arma* y comer, así como su hijo (Luis XIV), con los dedos. Sólo a principios de nuestro siglo se generalizó el uso del tenedor.

¿Dónde hemos de buscar, pues, la corroboración de la afirmación falsa de que debemos nuestra civilización y cultura, nuestras artes, ciencias y todo, en una palabra, a la elevada y benéfica influencia del cristianismo?

Nada, absolutamente nada, le debemos, ni física ni moralmente. El progreso hasta ahora alcanzado se refiere en todos los casos a aplicaciones puramente físicas, a objetos

⁶ En francés en el texto. N. del T.

⁷ Téngase presente que este artículo fue escrito en 1890. N. del T.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

11

y cosas, no al hombre *interno*. Gozamos ahora de toda suerte de comodidades para la vida, de todo aquello que halaga a nuestros sentidos y a nuestra vanidad, mas ni un

átomo de progreso moral encontramos en el cristianismo, desde la fundación de la religión de Cristo.

Así como el hábito no hace al monje, tampoco la renuncia a los antiguos dioses ha hecho a los hombres mejores que lo eran antes, sino quizá peores. Por lo menos ha creado una nueva forma de hipocresía, el *cant*; ni tampoco se ha extendido tanto como pretenden la civilización. Londres está civilizado, pero sólo lo está realmente en el West-end⁸.

En cuanto al East-end⁹ con su población sucia y miserable, sus desolados desiertos de Whitechapel, Limehouse, Stepney, etc., es tan inculto y casi tan bárbaro como Europa en los primeros siglos de nuestra Era, y además, han adquirido sus habitantes una forma de brutalidad por completo desconocida en aquellos tiempos y que jamás soñaron los peores salvajes de las naciones paganas modernas.

Y lo mismo ocurre en toda metrópoli cristiana, en cada ciudad, en cada pueblo:

¡Barnizados por fuera, brutales y podridos por dentro! ¡Frutos muertos, en verdad!

La verdad es sencillamente que la palabra *civilización* es un término muy vago e indefinido. Como el bien y el mal, la belleza y la fealdad, etc., la civilización y la barbarie son términos relativos. Porque aquello que a los ojos de un chino, de un indio y de un persa representa la más elevada cultura, es considerado por el europeo como falta de educación repugnante y como terrible violación de las reglas de etiqueta social. Al viajero en la India causa siempre asco el ver a los naturales del país emplear sus dedos en vez de pañuelo. Al chino le causa náuseas observar con cuánto cuidado conserva un europeo en el bolsillo el producto de sus glándulas mucosas. La inglesa puritana se sonroja cuando se cruza en las calles de Bombay con una mujer con la cintura descubierta y las rodillas y piernas al aire.

Llevar a una brahmína a una sala de baile moderno, y aun a las recepciones de la reina de Inglaterra, y observad sus impresiones. Miles de años antes de Jesucristo bailaban en círculo las Amazonas durante los Misterios, en derredor de la *Gran Madre*; las hijas de Shiloh, desnudas hasta la cintura, y los profetas de Baal, sin vestimenta alguno, giraban y saltaban de igual modo en las fiestas Sabeas. Era simplemente la representación simbólica del movimiento de los planetas en derredor del Sol, pero hoy día lo llaman *danzas fálicas*.

¿Cómo caracterizarán, pues, nuestros bailes modernos y el *vals* favorito, las generaciones futuras?

¿Dónde estriba la diferencia entre las antiguas sacerdotisas del dios Pan, o las Bacantes, y todos los demás bailarines sagrados, y las modernas sacerdotisas de Terpsícore?

⁸ Parte occidental de Londres y barrio aristocrático. N. del T.

⁹ Parte oriental de Londres. N. del T.

H. P. BLAVATSKY Progreso y Cultura

12

Muy poca, en verdad. Estas últimas, desnudas casi hasta la cintura, también bailan su *danza circular*, dando vueltas en un salón de baile; la única diferencia entre ellas es que ejecutaban las primeras su danza sin confundirse con el sexo opuesto, mientras que las valsadoras dan vueltas enlazadas con desconocidos, con hombres que no son ni sus maridos ni sus hermanos.

¡Cuán insondables son tus misterios, oh esfinge del progreso, llamada civilización moderna!

